**Creer 26, Virtud 6: Paciencia**

**Rick Brown**

**ChristBridge Fellowship (Non-Denominational)**

**Tomball, TX**

**Domingo, 1 de marzo de 2015**

Pronto llegará el periodo de pago de impuestos. Espero que eso no sea una conmoción para ti. Tienes aproximadamente un mes y medio antes de tener que enviar tus impuestos. Si no lo haces, hay una decena de cosas horribles que podrían sucederte. Podrías…

* Pagar una multa.
* Pagar intereses además de la multa.
* Recibir notificaciones de Hacienda. Algunas personas tan sólo las meten en un cajón y esperan que desaparezcan.
* Perder tu devolución.
* Renunciar a tu seguridad social.
* Recibir un derecho de retención federal sobre tu propiedad.
* Perder terreno en tu reporte de crédito.
* Tener incautada tu propiedad.
* Recibir una notificación para presentarte ante un funcionario de Hacienda.
* Declarar bancarrota.
* Cumplir tiempo en la cárcel.
* Tratar con Hacienda durante una década. Sí, el gobierno tiene derecho a perseguir los impuestos impagados durante diez años.

Espero que eso te aliente. Ahora puedes ir. Pero antes de hacerlo, lo «mejor que puedes hacer» si no has pagado, según Julius Green, contador público de la región de Filadelfia, es dirigirte a Hacienda y básicamente pedirles paciencia mientras negocias un plan de pagos.[[1]](#footnote-1)

Suena contra la intuición. Pero ¿y si lo hicieras? ¿Y si pudieras llamarlos y cuando comenzaras a hablar con ellos, ellos te pidieran que esperaras, y entonces cuando regresaran te dijeran: «Bueno, parece que sus impuestos ya han sido pagados»? ¡Qué gran día sería ese!

¿Crees que eso no podía ocurrir? Piénsalo otra vez. Jesús contó una historia sobre un rey que decidió echar cuentas con sus sirvientes. Su contable llevó ante él a un hombre que le debía veinte años de salario. Toma lo que ganas al año. Multiplica eso por veinte. Después piensa en cómo podrías pagar todo eso cuando solamente ganas una vigésima parte de eso cada año.

El rey decide que el hombre, su esposa y sus hijos deben ser vendidos para pagar su deuda. (Supongo que la tasa de una familia es de unos veinte años de salario). El hombre no tiene nada con lo que negociar, así que se arrodilla y comienza a suplicar. «El siervo se postró delante de él. “Tenga paciencia conmigo —le rogó—, y se lo pagaré todo.” El señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad» (Mateo 18.26-27).

Sorprendentemente, el hombre no pide perdón. No pide ayuda. Pide *paciencia*. «Paciencia» es una palabra que Jesús utiliza raras veces. En los Evangelios la encontramos tres veces. Dos de esas veces están en esta historia.[[2]](#footnote-2) Ya que no la usa con frecuencia, necesitamos prestar atención cuando lo hace.

Lo que descubrimos es esto: la paciencia dio tiempo a que la compasión surgiera en el rey. Sin paciencia, no habría habido ninguna compasión; pero con paciencia, la deuda que debía el hombre fue perdonada.

Muy mal que él no mostrara a otros lo que rogaba para sí mismo. En cuanto hubo sido liberado de su deuda, encontró a otro hombre que le debía algún dinero.

Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. “¡Págame lo que me debes!”, le exigió. Su compañero se postró delante de él. “Ten paciencia conmigo —le rogó—, y te lo pagaré.” Pero él se negó. Más bien fue y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. (Mateo 18.28-30)

Lo que él hace es tan sorprendente, que si sucediera en la actualidad aparecería en las noticias del corazón. Incluso sus consiervos sabían que algo estaba mal en su modo de responder. ¿Cómo podía alguien a quien le habían mostrado paciencia y compasión tratar a otro con impaciencia y poca disposición a perdonar? Pronto llegó la noticia hasta el rey, quien llamó al hombre de nuevo ante él.

Entonces el señor mandó llamar al siervo. “¡Siervo malvado! —le increpó—. Te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?” Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía. (Mateo 18.32-34)

Es difícil oír esta historia y entender cómo la paciencia del rey no marcó ninguna diferencia en la vida de ese hombre. Nos hace preguntarnos si él entendió algo sobre el regalo que acababa de recibir. Él suplicó paciencia, la obtuvo, pero después no la mostró.

Lo cual plantea la pregunta: ¿entendemos nosotros la paciencia que se nos ha mostrado? En caso de que te lo preguntes sobre ti mismo, la prueba de fuego es la cantidad de paciencia que tú muestras. La paciencia recibida con gratitud se convierte en paciencia mostrada en cantidad.

Pero ¿paciencia no recibida? Bueno, ¿recuerdas qué sucedió en la historia? «… Y enojado, su señor lo entregó a los carceleros para que lo torturaran hasta que pagara todo lo que debía». La impaciencia puede encarcelar a una persona. Y antes de que pienses que solamente puede suceder en una historia, escucha lo que un médico dice que la impaciencia nos está haciendo.

Barton Sparagon, MD, dice que la impaciencia nos está matando.[[3]](#footnote-3) Correo electrónico, teléfonos celulares y computadoras tienen la culpa. Nos llevamos trabajo a casa. Nos llevamos trabajo a las vacaciones. La tecnología ha aumentado la presión para hacer más en el mismo número de horas. Y nuestra impaciencia ha conducido a algunos graves problemas de salud.

Ataques al corazón, palpitaciones, depresión, ansiedad, trastornos inmunes, males digestivos, insomnio y migrañas solían ser el dominio del grupo de edad entre 40 y 50 años. Ahora esos síntomas están apareciendo en las personas entre 20 y 30 años. Aún peor, síntomas como hipertensión, migrañas y problemas digestivos que nunca antes se habían visto en niños están apareciendo en niños tan jóvenes como de 10 años de edad. ¿Conclusión? La impaciencia puede convertirte en un paciente.

El médico tiene un remedio. Dice que la persona crónicamente impaciente puede esperar en la fila más larga en el supermercado para ralentizar. Cree que las personas pueden aprender a comer, caminar, conducir e incluso hablar más lentamente… como texanos. Pero su mejor sugerencia es examinar tus sistemas de creencias.

Esa no es una mala idea. Porque cuando examinas lo que crees, descubrirás esto: lo que le sucedió al hombre en la historia, el que suplicó paciencia, nos ha sucedido a nosotros. Pedro escribe en 2 Pedro 3-8-9:

Pero no olviden, queridos hermanos, que para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no tarda en cumplir su promesa, según entienden algunos la tardanza. Más bien, él tiene paciencia con ustedes, porque no quiere que nadie perezca sino que todos se arrepientan.

Un joven intentaba entender este concepto, así que preguntó a Dios:

«Dios, ¿cuánto tiempo es para ti un millón de años?».

Dios dijo: «Un millón de años es como un minuto».

Entonces el muchacho preguntó: «Dios, ¿cuánto es para ti un millón de dólares?».

Dios dijo: «Un millón de dólares es como una moneda».

El joven pensó por un momento y preguntó: «Dios, ¿podrías por favor darme una moneda?».

Y Dios le contestó: «Claro, en un minuto».

Puede que a él le resultara difícil entender la paciencia de Dios, pero no a Pedro. Él falló en la prueba de caminar sobre el agua cuando se hundió. Era propenso a negar; era lento para entender las enseñanzas de Jesús.

Pero Jesús también era lento. Lento para enojarse. Eso es lo que significa la palabra griega para «paciencia». Es una palabra compuesta que significa «cocción lenta, lento para la ira». Una persona paciente tiene fuego pero lo mantiene en potencia baja.

Eso es lo que Jesús hizo con Pedro; y eso es lo que Dios ha hecho con nosotros. Él «tiene paciencia con» nosotros. Quiere que todos se arrepientan y acudan a Él. ¿Y las deudas que hemos amontonado contra Él? Dios está siendo paciente con nosotros.

Y porque Él es paciente con nosotros, espera que seamos pacientes los unos con los otros. «siempre humildes y amables, pacientes, tolerantes unos con otros en amor» (Efesios 4.2). Porque somos humanos, tenemos fallos. La paciencia pondrá otra vez el botón de la estufa en la posición de fuego bajo. Desaceleraremos nuestra respuesta. Reaccionaremos primero con amor en lugar de juicio, con compasión en lugar de enojo.

Y el amor, primero y sobre todo, es paciente. «El amor es paciente…» (1 Corintios 13.4). Primera de Juan 4 deja claro que mostramos que amamos a Dios al amarnos unos a otros. ¿Podría entonces ofrecer paciencia el uno al otro ser una de las mayores muestras de amor que podemos hacer?

Y si la paciencia de Dios da tiempo para que surja su compasión, ¿acaso no hará la nuestra que surja compasión unos por otros? La sencilla ecuación es: no hay paciencia, no hay compasión. Conoce la paciencia, conoce la compasión.

La paciencia nos permite ver lo que Dios nos ha dado. La paciencia nos da tiempo para después dar a otros. La paciencia ralentiza el espacio entre donde nosotros estamos y donde Dios quiere que estemos, y le da tiempo a Él para actuar por medio de nosotros con actos compasivos y amorosos.

Para un ejemplo, escucha lo que escribió un taxista de la ciudad de Nueva York:

«Llegué a la dirección y toqué el claxon. Tras esperar unos minutos, volví a tocarlo. Ya que esa iba a ser mi última carrera de mi turno, pensé en darme la vuelta, pero en cambio estacioné el auto y caminé hasta la puerta, y llamé. “Un momento”, respondió una frágil voz de anciana. Pude oír algo que era arrastrado por el piso.

Después de una larga pausa, se abrió la puerta. Una pequeña mujer de unos 90 años estaba ante mí. Llevaba un vestido estampado y un sombrero sin ala con un velo unido a él, como alguien salido de una película de los años cuarenta.

A su lado había una pequeña maleta de nylon. El apartamento se veía como si nadie hubiera vivido en él durante años. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas. No había relojes en las paredes, no había chismes ni utensilios sobre las encimeras. En el rincón había una caja de cartón llena de fotografías y cristalería.

“¿Querría llevar mi bolsa al auto?”, preguntó. Yo llevé la maleta al taxi, y después regresé para ayudar a la mujer. Ella me agarró del brazo y caminamos lentamente hacia la acera. Ella seguía dándome las gracias por mi bondad. “No es nada”, le dije yo, “tan sólo intento tratar a mis pasajeros como me gustaría que trataran a mi madre”.

“Ah, usted es un buen muchacho”, dijo ella. Cuando se metió en el taxi, me dio una dirección y entonces preguntó: “¿Podría llevarme cruzando el centro?”. Yo respondí rápidamente: “Ese no es el camino más corto”. Ella dijo: “Ah, no me importa. No tengo prisa. Voy de camino a un hospicio”.

Yo miré por el retrovisor. Sus ojos estaban brillantes. “No me queda ningún familiar”, siguió diciendo con voz tenue. “El médico dice que no me queda mucho tiempo”. Yo calladamente extendí la mano y detuve el taxímetro.

“¿Qué ruta le gustaría que tomara?”, pregunté. Durante las dos horas siguientes, condujimos por la ciudad. Ella me mostró el edificio donde antes había trabajado como operadora de elevador.

Pasamos por el barrio donde ella y su esposo habían vivido cuando eran recién casados. Ella me hizo detenerme delante de un almacén de muebles que antes había sido un salón de baile donde ella había bailado cuando era joven.

A veces me pedía que fuera despacio delante de algún edificio en particular o alguna esquina, y se quedaba mirando a la oscuridad, sin decir nada.

En la primera indicación de que el sol se esbozaba por el horizonte, ella dijo de repente: “Estoy cansada. Sigamos ahora”. Condujimos en silencio hasta la dirección que me había dado. Era un edificio bajo, como un pequeño hogar para convalecientes, con una entrada que pasaba bajo un pórtico. Dos camilleros salieron hasta el taxi en cuanto nos detuvimos. Eran solícitos y atentos, observando cada uno de los movimientos de ella. Debían de haber estado esperándola.

Yo abrí el maletero y llevé la pequeña maleta hasta la puerta. La mujer ya estaba sentada en una silla de ruedas. “¿Cuánto le debo?”, preguntó metiendo la mano en su bolso.

“Nada”, dije yo.

“Usted tiene que ganarse la vida”, respondió.

“Hay otros pasajeros”, le dije. Casi sin pensarlo, me incliné y le di un abrazo. Ella me abrazó con fuerza.

“Usted ha dado a una anciana un pequeño momento de gozo”, dijo ella. “Gracias”.

Yo apreté su mano, y caminé hacia la tenue luz de la mañana. A mis espaldas se cerró una puerta. Fue el sonido del cierre de una vida.

No recogí a más pasajeros en ese turno. Conduje sin dirección perdido en mis pensamientos. Durante el resto de ese día, apenas pude hablar. ¿Y si aquella mujer hubiera dado con un conductor enojado, o con uno que fuera impaciente porque terminara su turno? ¿Y si se hubiera negado a hacer esa carrera, o hubiera tocado el claxon una sola vez y después se hubiera ido?

Haciendo un rápido repaso, no creo que haya hecho nunca algo más importante en mi vida. Estamos condicionados a pensar que nuestras vidas giran en torno a grandes momentos. Pero los grandes momentos con frecuencia nos agarran inconscientes y están hermosamente envueltos en lo que otros pueden considerar un pequeño momento».[[4]](#footnote-4)

Paciencia es el camino por el que la gracia de Dios viaja hasta nosotros. Que llevemos a alguien de viaje en ese camino hoy.

1. 12 Terrible Things That Could Happen If You Don't Do Your Taxes, Libby Kane en http://www.businessinsider.com/terrible-things-that-could-happen-if-you-dont-do-your-taxes-2014-4#ixzz3SnYe9LWnhttp://www.businessinsider.com/terrible-things-that-could-happen-if-you-dont-do-your-taxes-2014-4 [↑](#footnote-ref-1)
2. La otra vez en que se usa la palabra *makrothymia* es en Lucas 18.7. [↑](#footnote-ref-2)
3. http://www.oxygen.com/self/assess/hurrysickness/causeshurrysick.jhtml [↑](#footnote-ref-3)
4. *A Sweet Lesson On Patience: This Taxi Driver’s Story Will Change Your Perspective On Rushing To Get Somewhere* por Lauren Martin at http://elitedaily.com/life/culture/story-one-taxi-driver-will-change-entire-day/ [↑](#footnote-ref-4)